

así, involuntario, me hallé á los piés de mi caballo, hincado de rodillas en el polvo, sobre una de aquellas rocas azuladas y polvorosas del sendero precipitado por el que bajábamos. Algunos minutos me quedé en muda contemplación, en que todos los pensamientos de mi vida scéptica y cristiana se agolparon de modo en mi cabeza, que no podía discernir uno solo. Estas únicas palabras se escaparon de mis labios: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Yo las dije con el sentimiento sublime, profundo y reconocido que encierran, y que el lugar inspira tan naturalmente, y me conmoví al llegar al santuario de la iglesia latina, de verlas grabadas con letras de oro en la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de María y de José. Bajando despues religiosamente la cabeza hácia esta tierra que habia germinado á Jesucristo, la besé en silencio y la mojé con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza, pidiendo un poco de verdad y de amor. Despues llegamos al convento de los padres latinos de Nazareth, y me bajé del caballo delante de la puerta de la iglesia donde estuvo otro tiempo la humilde casa de aquella Madre que llevó en su seno al Huésped inmortal, y dió su leche á un Dios.

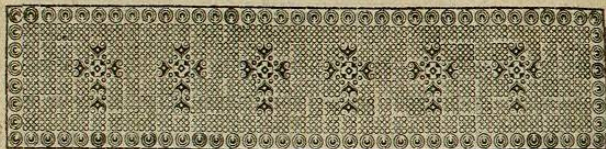


CAPÍTULO IX.

MONTE THABOR.

ACERQUEMONOS ahora con el religioso Geramb al monte Thabor, no ménos recomendable que otro cualquier lugar de la Judea, con el hecho único de la Transfiguracion de Jesucristo.

Salimos de Nazareth, dice, y á la una de la mañana pasamos por delante de la fuente de la Virgen, que estaba ya en aquella hora muy concurrida. Era desigual y peñascoso el camino, y de consiguiente mucho mas penoso para mí que para los demas, por ser muy corto de vista. Apénas en la oscuridad de la noche podia distinguir la cabeza de mi caballería, y tuve que



CAPÍTULO VIII.

CANÁ, TIBERIADES Y GALILEA.

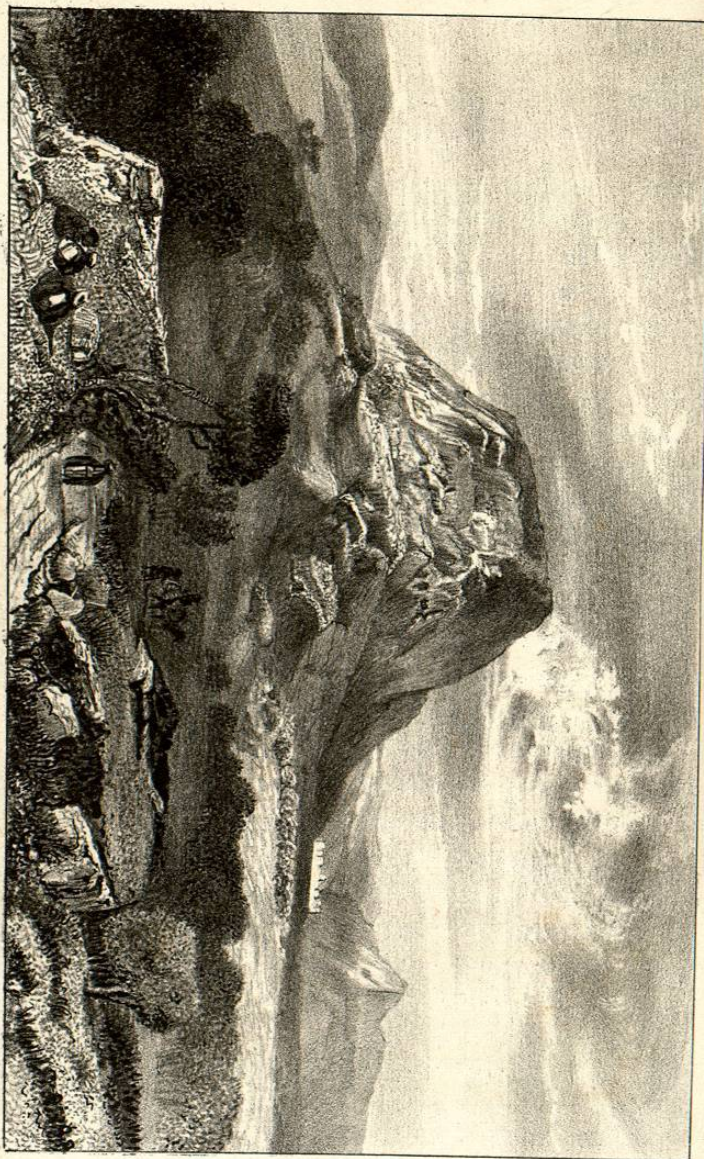
DESPUES de haber visitado el pueblo de Belen, Samaria y de Nazareth, no olvidará el peregrino dirigirse á Caná donde Jesucristo hizo su primer milagro. Está poco distante de Nazareth, y formaba parte de la baja Galilea en la tribu de Zabulon. Edificada sobre la pendiente de una colina al norte de Jerusalem, protégenla las montañas al sur y al occidente, miéntras que un hermoso valle se estiende al norte delante de ella. En los alrededores, que son muy fértiles, se cultivan los árboles frutales, se encuentran viñedos, y crece el maiz y sobre todo el tabaco, cuya cosecha es abundante. Pero el triste estado de los habitantes contrasta sobremanera con la riqueza del suelo.

abandonarme á su instinto que ciertamente no la engañaba.

Al asomar los primeros rayos del sol, vimos el monte Thabor como si estuviese muy cercano, á pesar de que estaba algo distante. Pareciónos enteramente aislado; sin embargo, detras de él y en la parte occidental de su base se elevaba una alta colina. Nuestros guías nos condujeron al traves de los campos de trigo, sin que bastasen á disuadirles de su propósito las observaciones de los religiosos y mis reconvenciones: nos aseguraron que no habia otro camino, y aunque no les dimos crédito, tuvimos que seguirlos.

Hacia algunas horas que brillaba el sol en el horizonte cuando llegamos al pié del monte Thabor. La montaña era deliciosa; reinaba en los campos una tranquilidad y profunda calma; aun estaba humedecida la tierra con el rocío, y muchos pájaros revoloteaban y trinaban alrededor nuestro, y la yerba era tan alta, que parecian nadar en ella nuestros caballos. Nos detuvimos en Zébora, pequeña aldea fundada en el parage mismo en que Sísara, derrotado por el ejército de los israelitas, pereció á manos de Jael en cuya casa se habia refugiado; desde allí contemplamos por algunos instantes el teatro de la milagrosa victoria conseguida por la misma heroína que dió nombre al pueblo.

Empezamos á trepar por la montaña. Las vertientes del Thabor son desiguales, escarpadas y llenas de arbustos olorosos que crecen entre las rocas. El cami-



El Monte Thabor.

no es casi intransitable, y por buenos que sean los caballos, á duras penas pueden adelantarse.

Llegamos por fin á la cumbre. Esta es una meseta de media legua de estension, donde se encuentra solo alta yerba y arbustos, á par que enormes piedras, restos de las iglesias que Santa Elena hizo construir para perpetuar la memoria del misterio que allí se habia consumado. Todos los años la comunidad de Nazareth se reúne en este sitio el día de la Transfiguracion para celebrar la misa. Tuve la felicidad de oirla, y de comulgar al pié de un árbol levantado debajo la bóveda de los cielos.

La cumbre del Thabor se ve algunas veces de tal suerte cubierta de densa niebla, que es difícil distinguir los objetos mas cercanos: felizmente aquel día se presentó puro el horizonte é hizo un tiempo magnífico.

Lamartine, apasionado siempre de las bellas artes, y lleno de los recuerdos que dejan las obras maestras de la pintura, no dejó de sentarse al pié de una hermosa encina, casi en el mismo sitio donde Rafael coloca en su cuadro á los discípulos deslumbrados, y esperó á que un religioso celebrase la misa. Verdaderamente es imposible permanecer frío espectador de semejante espectáculo: el sacrificio ofrecido sobre la cumbre misma del Thabor, es una escena enteramente nueva para el europeo, escena que jamas puede olvidarse.

El lugar mas preeminente en Galilea es la alta colina, que por su figura y elevacion ha sido distinguida con el nombre de Monte Thabor. Está situado en un llano lla-

mado Esdraelon. Su figura es un cono truncado: la mesa que forma en la cumbre, presenta al viajero todavía las ruinas de una ciudadela de considerable estension. La elevacion del monte no es mas que 1.500 piés, muy hermoso á la vista desde el llano, porque siendo de terreno muy fértil, está casi cubierto de árboles y plantas odoríferas. Pero la vista desde la cumbre es espléndida en cuanto á paisaje, é interesante á los historiadores bíblicos. Por el sur, á considerable distancia, se ven las colinas llamadas el Hermon, cuyo rocío ha sido poéticamente celebrado por David, y al pié del Hermon está situado Endor, donde residia la famosa hechicera que, á ruegos de Saul, hizo venir á su presencia el espíritu de Samuel. Mirando hácia el este se ven los montes de Gelboé, donde Saul prefirió atravesarse con su espada ántes que caer vivo en manos de los filisteos. Por el mismo rumbo, y á mayor distancia, se ve el Gebelet, ó sierra nevada, á cuyas faldas está la ciudad de Japheth, que se supone ser la antigua Betulia.

Pero este interes histórico no es comparable al misterio de la Transfiguracion, que aconteció seis días despues que Jesucristo hizo á sus discípulos la primera revelacion de su pasion, muerte y resurreccion. Jesucristo, leemos en los Evangelios, llamó á parte á Pedro, Santiago y Juan, y llevándolos al Monte Thabor, se transfiguró delante de ellos, tomando forma celestial. Su rostro resplandecia como el sol, y sus vestiduras parecian blancas como la nieve. Moises y Elias, cada uno á su lado, estaban hablando con él. Admirado Pedro

con lo que veía, se estaba complaciendo en la gloria de su sublime Maestro, y lleno de júbilo exclamó: „Señor, bueno será que nos quedemos aquí: si te place, hagamos tres tabernáculos; uno para tí, otro para Moises y otro para Elias.” Apénas había acabado de decir estas palabras el fiel discípulo, cuando todos fueron cubiertos y rodeados por una nube luminosa que los penetraba; y al mismo tiempo salió de la nube una voz sonora que decía: „Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido mucho; escuchadle.” Al sonido de aquella voz celestial, cayeron los tres apóstoles sobre sus rostros, y se llenaron de consternacion. Así se verificó lo que pocos dias ántes había dicho el Salvador: „Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios,” esto es, la claridad de la gloria del Señor, en la que se les mostró el amado Hijo de Dios. Jesus se acercó á ellos, y tocándoles con su mano, les dijo: „Levantaos, y no temais.” Ellos se levantaron, abriendo los ojos, y no vieron á nadie más que á su maestro. Jesus bajó luego del monte conversando con ellos, y les mandó espresamente, que no comunicaran á nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Este acontecimiento basta para hacer memorable el Monte Thabor.

En esta montaña los recuerdos militares se hermanan con los religiosos, pues en épocas bien distantes el ejército frances ha dado en ella muestras de un valor á toda prueba.

En 1217, dice Michaud, para ocupar á los soldados en quienes la ociosidad engendra la licencia, se formó el proyecto de atacar el monte Thabor donde se habían fortificado los musulmanes. El monte Thabor, tan célebre en el antiguo y nuevo testamento, se levanta como una soberbia cúpula, en medio de la vasta llanura de Galilea. La pendiente de la montaña está cubierta en verano de flores y de árboles olorosos; y desde la cumbre se ven las orillas del Jordan, el lago de Tiberiades, el mar de Siria, y la mayor parte de los lugares famosos por los milagros de Jesucristo.

No era posible llegar á este escarpado sitio sin arrostrar mil peligros, pero nada intimidó á los guerreros cristianos: el patriarca de Jerusalem que marchaba á su cabeza, levantó en alto la cruz y los animó con su ejemplo y sus palabras. Enormes piedras rodaban desde las alturas ocupadas por los infieles, quienes además lanzaban una lluvia de dardos contra los cristianos. El valor de los soldados de la cruz inutilizó todos los esfuerzos de los sarracenos, y el mismo rey de Jerusalem hizo prodigios de valor matando por su mano á dos enemigos. Cuando hubieron llegado los cruzados á la cumbre, dispersaron á los musulmanes y les persiguieron hasta las puertas de la fortaleza, pues nada pudo resistir su ímpetu. Pero, de repente, algunos gefes temieron las tentativas del príncipe de Damasco, y la idea de una sorpresa obró tanto mas fuertemente en su ánimo, cuanto nadie la había previsto. Mientras que los musulmanes huían llenos de espanto, se apoderó de los vencedores

un terror pánico; renunciaron los cruzados á embestir la fortaleza, y se retiraron como si no hubiesen venido mas que para contemplar el lugar consagrado por la Transfiguracion del Salvador.

Increible seria esta precipitada fuga sin el testimonio de los historiadores contemporáneos, y solo puede achacarse á la discordia que reinaba entre los cruzados.

Pero algun dia debia vengarse sobre el mismo suelo esta derrota por otros franceses que hermanaban el valor y la sangre fria con la táctica europea. Seis mil hombres triunfaron de cuarenta mil en la batalla del monte Thabor dada en 16 de Abril de 1799.

Batalla del monte Thabor.--Mientras que se llevaba adelante con vigor el sitio de San Juan de Acre, supo Bonaparte que un numeroso ejército conducido por el bajá de Damasco estaba en movimiento para atacarlo al pié de las murallas de aquella ciudad. El ejército enemigo, compuesto de cuarenta mil hombres, entre ellos veinte mil caballos, llegaba por la parte de Tiberiades. Kleber dió parte al general en jefe, pidió algunos socorros y marchó contra el enemigo. Murat recibió orden de ir á reforzarle á marchas dobles; y el mismo Bonaparte se dispuso á partir para sostenerle y dar una batalla decisiva. Los sitiados hicieron entonces una salida, pero fueron recibidos con vivísimo fuégo de metralla, y huyeron precipitadamente. Bonaparte se puso al momento en marcha.

Kleber habia llegado á las llanuras que principian al pié del monte Thabor, cerca del pueblo de Fouli, con

la idea de sorprender á los turcos durante la noche; pero por culpa de los guias, no llegó hasta las seis de la mañana, y encontró formados en batalla á los enemigos. No bien hubo formado en cuadro sus tres mil hombres, cuando se movieron los escuadrones asiáticos y cargaron con la mayor impetuosidad. Jamas han visto los franceses tanta caballería reunida contra un puñado de gente. Lo restante del ejército del bajá se adelantó á paso de carga dando espantosos alaridos. Parecia que nuestra division debia ser reducida á polvo: pero, inmóviles en su puesto nuestros valientes, oponen de todas partes una triple fila de bayonetas, y á boca de jarro hacen un fuego terrible que llena el suelo de cadáveres y ahuyenta á los orgullosos orientales. Renuévanse las cargas con intrepidez furiosa, pero siempre son rechazadas con la misma energía. Atrincherados nuestros soldados detras de los cadáveres de hombres y de caballos asiáticos, resistieron durante seis horas la impetuosidad de sus enemigos; pero rodeados por un ejército quince veces mas numeroso, era evidente que ese puñado de héroes debia encontrar al pié del monte Thabor una muerte gloriosa. Era la una de la tarde, y se continuaba combatiendo con encarnizamiento. De repente, resuena á lo léjos el estallido del cañon: „Es Bonaparte! esclaman los soldados llenos de ardor y de entusiasmo; es Bonaparte que viene á socorrernos!”

En efecto era él, que habiendo llegado á una eminencia distante tres leguas, vió la llanura cubierta de humo, y á la heroica division de Kleber enteramente

cercada y luchando contra un ejército innumerable. A vista del peligro de sus hermanos de armas, los soldados pidieron á gritos el combate. Bonaparte formó de su division dos cuadros, que se adelantaron rápidamente, de manera que formasen un triángulo equilateral con la division de Kleber y pusiesen al enemigo entre dos fuegos. Marchaban los soldados en silencio, y solo á una media legua de distancia la artillería hizo una descarga para anunciar el socorro. Gritos de alegría resonaban en todas las fiás, y los soldados combatian con nueva energía, cuando Bonaparte apareció de golpe en el campo de batalla. Su aparicion fué un rayo para los enemigos. Un espantoso fuego que salia de las tres estremidades del triángulo, aterró y dispersó á los mamelucos que se encontraban en medio. Huyen desordenados los escuadrones, y tomando Kleber la ofensiva, destaca contra Fouli una columna de doscientos granaderos que se adelanta con audacia, haciendo llover un fuego terrible á derecha é izquierda contra los infantes que aun se resisten. El pueblo es ganado á la bayoneta. Barrida la multitud inmensa por la artillería, y rechazada por todas partes con las bayonetas, se precipitó detrás del monte Thabor, y se echó en desórden hácia el Jordan. Persiguióla nuestra infantería á paso de carga, y los fugitivos fueron recibidos por la caballería de Murat que los destrozó completamente y los arrojó al Jordan donde muchos quedaron sepultados. El ejército turco perdió mas de seis mil hombres, un convoy de quinientos camellos, muchas provisiones, y un botin conside-

rable. Nuestra pérdida no pasó de trescientos hombres entre muertos y heridos. Cosa milagrosa! Seis mil franceses habian bastado para destruir un ejército que los habitantes decian ser numeroso como las estrellas del cielo y como las arenas del desierto.

Esta victoria decisiva del monte Thabor produjo tanto efecto en nuestros enemigos, que no se atrevieron á hostigarnos mas durante el sitio. Dispersáronse aterrados los musulmanes, y no pensaron en salir mas de sus provincias. Kleber dió muestras de suma admiracion por la hermosa maniobra que habia decidido la victoria, y conoció que su general en gefe le habia salvado el honor y la vida."

